BIBLIOTECA CENTRAL

EXEQUIAS DE JESUCRISTO

I.

¡Paloma de dolor, llena de pena,
Junto la cruz de inmensurable duelo,
Nuestros delitos á llorar condena
Tu santo corazon que vale un cielo!
¿Por qué te vé la multitud serena?
¿Por qué desprecia el corrompido suelo
Ante de esos santísimos despojos
El llanto amargo de tus dulces ojos?

II.

¡Tórtola abandonada en el calvario,

Con la pureza y el amor nutrida,
Ese tormento de tus penas vário
Oprime tu alma de dolor transida;
Tu espíritu sublime, solitario,
El cielo busca de pesar herida,
Y en torno gira indiferente el mundo
A tu dolor hondísimo, profundo!

III.

¡Ojos, llorad con la imperial Señora,
Cuyo sensible corazon padece,
¡Con cúanto anhelo á Jesucristo adora
Y en su inmenso dolor no desfallece!
¿Y así á la turba réproba, traidora,
En vez de maldecir, la compadece?
¡Y no se queja del humano yugo,
Hijo llamando al infeliz verdugo!!!

IV.

¿A cuál dolor compararé tu llanto
En el mísero Gólgota vertido?
¡Nunca una madre perderá otro tanto
Si inocentes mil hijos ha perdido!
¡Infinita es la pena y el quebranto
Que ha tu sublime corazon herido,
Que, en el cádaver de Jesus que adoras
Un Dios, un Hijo Sacrosanto lloras!

V.

¡Terrible padecer, tormento crudo!
No guardará ni el cuerpo ensangrentado
De aquel que yace á sus lamentos mudo,
El cadáver tambien arrebatado
Bien pronto le será. Cuando ni pudo
Conservar las reliquias á su lado:
¡Hermoso cielo, bajo tí no viste
Tan hondas cuitas, padecer mas triste!

VI.

Estremecido el corazon materno
Entre sollozos el ambiente aspira:
Hijo diciendo, con acento tierno,
Y helado, inmovil, el cadáver mira
Del Hijo fiel, del Hacedor Eterno,
Por cuya muerte con dolor suspira:
Los santos restos de Jesus abraza
Y su pecho la pena despedaza.

VII.

Y sabe que es el cariñoso niño
Que en Efrata Belem ella adormía,
Su tez tan blanca como bello armiño
La vé de sangre y palidez sombría,
La luenga cabellera en desaliño,

Llena de polvo, dar sin armonía
En derredor de su ínclita cabeza
Contusa, desangrada, sin belleza!

VIII.

Tiene los dulces ojos, apagados,
Opaca la pupila, ya no brilla;
Los lábios de carmin, amoratados;
La blanca frente, pálida, amarilla;
Las manos y los piés, despedazados;
Y el tierno pecho de hórrida cuchilla
Atravesado con furor ¡ay triste!
¡Oh, madre de dolor, cuánto sufriste!!!

IX.

Mirando arrebatada su ventura,
Marchita flor de su esperanza pía,
Sus pétalos perdida la frescura
Cayendo dan sin gala ni armonía
Cual todo lo que va á la sepultura:
Y en tanto un bien su corazon ansía
Innundados de lágrimas sus ojos,
A la vida tornar esos despojos.

X.

Hasta el sepulcro, rico, solitario,

Recibirá de la piedad humana,
Despues de haberle muerto en el calvario
Esa gente feroz, vil y tirana,
Que ni le arroja un mísero sudario,
Para cubrirle, ¡Vírgen soberana!
¡Nada en el mundo que ofrecerle tienes
Que son dolor y soledad tus bienes!!!

XI.

Madre de Dios, en tu dolor sublime;
Sin igual en tu inmensa desventura,
Un mundo entero el corazon te oprime
Causándote ese llanto y amargura:
Tú, cuyo lábio dolorido gime
Rebosando, Señora, de ternura;
Así en la cruz sangrienta repetia:
"*¡Cumpli tu voluntad y no la mia!*"

XII

"Adios, por siempre, idolatrados restos
"Del corazon pedazos arrancados,
"Que ya mustios, sin vida, están dispuestos
"Para ser á mi vista sepultados.
"Tómalos, Juan, sí, tómalos; son estos
"Miembros queridos, hoy inanimados,
"Las reliquias de un mágico tesoro,
"Recuerdos, son por los que triste lloro."

XIII.

San Juan y los varones, conmovidos
Envolvieron el cuerpo y le cargaron,
Y del monte fatal, siempre seguidos
De la llorosa Madre, le bajaron:
Cual sombras del espacio decendidos
Medrosas formas á la par tomaron,
Cual si del cierzo que terrible zumba
Impelidos bajaran á la tumba.

XIV.

(1) En una peña anchísima cual dura
Que de musgo do quiera está cubierta,
Profunda y bien tallada sepultura
Para Jesus se contemplaba abierta;
Redobla el alquilon mas su bravura
Que está la noche en lobreguez, desierta;
Mas se llegaron á la fosa fria
Los bondosos varones con María.

(1) Y cuando fué tarde vino un hombre rico de Arimatea, llamado Joseph, el cual era tambien discípulo de Jesus. Este llegó á Pilato y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilato entonces mandó que se le diese el cuerpo. Y tomando Joseph el cuerpo. Se envolvió en una sábana limpia. Y le puso en un sepulcro suyo nuevo, que "habia hecho habrir en una peña." Y revolvió una grande loza á la entrada del sepulcro, y se fué.
San Mateo Cap. XXVII.

XV.

Sepultado le han, la gruesa loza
El cuerpo oculta de sus dulces ojos;
Y en tanto el mundo fementido goza
Satisfaciendo réprobos antojos,
Cuando á la Madre el padecer destroza
El santo corazon, con sus abrojos;
Que horriblemente con furor la oprime
Y allí; ¡gran Dios, atormentada gime!

XVI.

Una punta del manto aunque empolvada
Lleva San Juan para enjugarse el llanto,
Y mirando á la Virgen apenada
Por tan sentido y tan letal quebranto,
—"*Madre*" la dice, mi alma *afortunada*
"*Una Madre vé en ti, pues Jesus Santo*
"*Medio al morir tu maternal dulzura,*
"*Recibe, Vírgen, mi filial ternura.*"

XVII.

—"*¡Cumplí tu voluntad Señor del cielo!*
"*Si, Juan, no me abandones, hijo mio,*
"*Que tú no alcanzas á saber el duelo*
"*Que el pecho oprime con punjante brio;*
"*En él derrama, nítido consuelo*

"Aunque en vano será.... Crudo é impio
"Mal es perder un hijo cariñoso,
"Pedazo de mi pecho lastimoso."

XVIII.

Volvió los ojos la sin par María
Y los fijó sobre el sepulcro helado,
Y "*¡adios!*" repite, en medio su agonía
Sintiendo el corazon despedazado:
Que es del dolor desgarradora, fria,
La diestra fementida.... "*¡Hijo adorado*
"Mi bendicion reciban tus despojos,
"Que ya no ven mis amorosos ojos!"

XIX.

De allí los dos para llorar salieron,
Que el terrible dolor une sus mentes;
Justo consuelo sin igual tuvieron
Derramando sus lágrimas ardientes,
La santa voluntad de Dios cumplieron
En el suplicio de Jesus presentes,
Y un hijo tierno la sin par María
En Juan sumiso desolada vía.

LA SOLEDAD DE MARIA.

¡Madre, que desamparada,
Sin el Hijo de tu amor,
A un insondable dolor
Te encuentras abandonada
Y por el mundo olvidada....!
¡Lágrimas puras, bañad,
Y en sus megillas rodad;
Consolareis con ternura
Los martirios y amargura
De su triste soledad!

Santa Vírgen, dolorida,
A quien causé penas tantas
Que, ni muriendo á tus plantas
Te pagara con la vida:
¡Perdon, oh, Madre querida!
¡Perdon, que en mi vanidad,
Hice tan grande maldad
Por mi mayor desventura,
De entregarte á la amargura
De tan triste soledad!

¿Yo qué soy?.... solo una escoria
Llena de maldad y orgullo,
Que aníma el mundano arrullo
De nuestra mortal historia.
¿Y tú....? Reina de la gloria
Madre de Dios, de bondad,
¡Y te ofendí sin piedad....!
¡Nécio fuí, que en mi locura
Te ocasioné la amargura
De tu triste soledad!

No bastó al hombre inclemente
Del sol á la clara luz,
Ver espirar en la cruz
Al *Ser* mas puro, inocente;

No, que fiero, impenitente,
Mostrando barbaridad,
Te abandonó con maldad,
Su alma feroce é impura
Al martirio y amargura
De tan triste soledad.

¡Oh corazon! conmovido
Muestra que tienes amor,
Si te estremece el dolor
Que á la Virgen ha oprimido
Y sus entrañas ha herido:
Corazon, á la verdad,
Ten un momento piedad
De esta Señora tan pura,
Hoy, presa de la amargura
De tan triste soledad.

Ven, y abandona alma mia
Esos mundanos afanes;
Y aborrece los desmanes
Que cometieras impía,
Y contempla de María
Esa terrible ansiedad;
Y dí, si tuvo piedad
Quien á esa Madre tan pura,

Condenara á la amargura
De tan triste soledad.

Ella que en calma existía
El aura dulce aspirando,
Y á su Jesus contemplando
Inundada de alegría,
Y que dichosa veía
Del orbe la inmensidad:
¿Que sufrirá á la verdad,
Hoy, que llena de tristura,
La atormenta la amargura
De tan triste soledad?

Mientras bullisioso el mundo
Cierra el oído á tu queja
Y abandonada te deja
Con tu padecer profundo.
El busca deleite inmundo
Con indecible ansiedad,
Y ni al menos por piedad
Un consuelo te procura;
Al mirarte en la amargura
De tu triste soledad.

¿Quién comprende tu sufrir
Madre de Dios, mi Señora?

Aquel que infelice llora
Cansado ya de gemir,
No lo pudiera decir;
Porque fué mucha crueldad
E inesplicable maldad,
El dejarte á la ventura,
Oprimida de amargura
En tu triste soledad.

Madre pura del Señor
A quien yo nécio ofendí,
¡Oh! tú has de pedir por mí
Las bondades de tu amor;
Tú has de calmar el rigor
De ese Dios de inmensidad,
Cuando yo por mi maldad
A tí la mas *Santa y Pura*
Causé la negra amargura
De tu triste soledad.

¿De duro diamante son
Los mortales corazones?
¿Cómo causarte aflicciones
De indescribible pasion?
¡Oh! no tienen corazon!!
Pues ¿cómo con ansiedad

Te abandonan sin piedad,
En tanta y tanta tristura,
Como tiene la amargura
De tu grande soledad?

¡Perdóname, Vírgen pía,
Siempre para mí clemente;
Aquí está ya el delincuente
Que tus pesares hacía:
Vengo á hacerte compañía
Implorando tu piedad;
Váleme en la eternidad
Para alcanzar mi ventura,
Pues me pesa la amargura
De tu triste soledad.

Aquí estoy á tu presencia,
Madre del que hizo la luz;
Tú estás al pié de la cruz
Llorando tanta inclemencia,
Yo pidiendo de tu esencia
Pura y de santa verdad,
La inagotable piedad
Que proclama tu ternura:
¡Ah! me pesa la amargura
De tu triste soledad.

Aquí está con su delito
Que fué tu dolor, Señora,
El que sus maldades llora,
Que ya tu amparo bendito
Llega implorando contrito.
¡Detesto la iniquidad
Que amaba en mi ceguedad!
Por ella con desventura,
Ocasioné la amargura
De tu triste soledad.

¿Qué vale del pobre suelo
El brillo y la nombradía?
¿Qué vale, Vírgen María,
Junto á tí reina del cielo?
Y tu mismo desconsuelo
De tan cruda intensidad
Es tan grande, á la verdad,
Que nos salva, Madre pura,
Esa terrible amargura
De tu triste soledad.

¡Tú! tan llena de belleza,
Con la virtud coronada,
Y por el Señor amada
Con su divina terneza!

¡Tú! sufriste con tristeza
Mi inhumana iniquidad;
¡Y por mí pides piedad
Llena de santa dulzura!
¡Por mí....! que fuí la amargura
De tu triste soledad!

¿A qué iguala Madre mia
Tu no sentido quebranto?
¿Quién vertió como tú el llanto
En esta mansion impía?
¡Sola tú, Vírgen María,
Conoces la intensidad
Que te causó mi impiedad
De gemir, ¡oh Madre pura!
Con la terrible amarnura
De tu triste soledad.

Ojos mios, que su frente
A mirar alcanzais mustia,
No considereis su angustia
Si no hais de dar un torrente
De lágrimas brevemente.
¡Ojos mios, bien, llorad,
Y amargo llanto arrojad,
Y acompañad con ternura

De la Virgen la amargura
De su triste soledad.!

A tí que mi Madre eres,
Y Madre del Infinito,
Tú, cuyo nombre es bendito
Entre todas las mugeres:
A tí que mi dicha quieres
Toda llena de bondad,
Llego aquí por tu piedad:
De la eterna desventura
Líbrame, por la amargura
De tu triste soledad.

Alcanzarás Madre mia
La delicia para el hombre
Diciendo al Señor el nombre
Santo, escelso de: "*María!*"
Y *El* nos dará la alegría
Que vive en la inmensidad:
Valganme *El* y tu piedad,
Valgame de tu amargura
Sola una lágrima pura
De tu triste soledad.